

franco, inclinado al lujo y á las diversiones, de pelo rubio, de carácter vivo, y de un valor á toda prueba. Los indios, inclinados á nombrar á las personas por las circunstancias que las distinguian, le llamaban *Tonahiuuh*, esto es, *Sol*, á causa de lo rubio de sus cabellos. La descendencia de la jóven D.<sup>a</sup> Luisa y de Pedro de Alvarado, se enlazó despues con la familia de los duques de Alburquerque. La hija del príncipe Maxixcatzin, que segun asegura Bernal Diaz «era muy hermosa», recibió el nombre de doña Elvira, y le fué entregada á Juan Velazquez de Leon. Las otras tres las recibieron los capitanes Cristóbal de Olid, Gonzalo de Sandoval y Alonso de Ávila.

Estrechados así mas y mas los vínculos de amistad, las visitas de los caciques á Cortés y de éste á los caciques, fueron mas frecuentes y largas. En una de ellas adquirió el general español todas las noticias que podia desear respecto del poder de Moctezuma, de su importante ciudad, de lo numerosos y aguerridos que eran sus ejércitos y de la riqueza que encerraba en su corte.

La pintura hecha por Jicotencatl y sus compañeros, presentaba á Méjico como la ciudad mas fuerte y poderosa. Segun ella, no era dable tomarla por la fuerza, y era imposible salir de su recinto si los que le recibian amigablemente á uno, trataban de destruirle y aniquilarle dentro.

Cortés comprendió que las dificultades que aun se le presentarian para dar cima á su empresa, serian muchas y terribles; pero el que habia vencido las que hasta entonces se le habian opuesto, miraba como cosa mas fácil vencer las que le quedaban cuando contaba con la cooperación

de los totonacos y de los tlaxcaltecas. A inspirar mayor confianza en el buen éxito, concurren dos embajadas que recibió pocos instantes despues. La una era enviada por la república de Huexotzinco, y la otra por el príncipe Ixtlilxochitl, hermano del rey de Texcoco y enemigo irreconciliable de Moctezuma, como ya he dicho otras veces. La república de Huexotzinco, que habia sido tributaria de la corona de Méjico y contraria de los tlaxcaltecas, hacia algun tiempo que se habia confederado con éstos, sustrayéndose de la obediencia á Moctezuma. Los emisarios de ella se presentaron á Cortés ofreciéndole su alianza. Pero aunque las dos eran importantes, la que llamó muy particularmente su atención fué la enviada por el príncipe Ixtlilxochitl. El hermano del rey de Texcoco, que habia disputado con éste la corona del reino de Acolhuacan y que gobernaba una parte de la nacion, felicitaba á Cortés por sus triunfos, y le invitaba á que hiciese el viaje por Teotlalpan, donde uniria su ejército al suyo para hacer la guerra al emperador de Méjico. El jefe español, informado de las cualidades, circunstancias, poder y fuerzas del tenaz contrario de Moctezuma, aceptó con placer su alianza, y ofreció colocarle en el trono que ocupaba su hermano.

Todo parecia concurrir en favor de los proyectos de Cortés y la ruina del monarca mejicano. En cinco meses de haber pisado el país, aquel hombre extraordinario se habia hecho dueño de las vastas provincias que se extendian desde las costas de Veracruz hasta las cercanías de la moderna ciudad de Puebla. El nombre de *Malinche* ó *Malintzin*, con que era conocido por los indios, porque siempre que les dirigia la palabra lo hacia por medio de

D.<sup>a</sup> Marina, era pronunciado con cariño por todos los pueblos que se le habian unido.

El jefe español, respetando las autoridades y el sistema de gobierno en cada Estado, no tocó en nada el orden administrativo observado en los pueblos que se le unian. Los caciques ejercian las mismas facultades que habian tenido, y gobernaban con la misma independenciam y libertad que hasta entonces. La única circunstancia que daba á conocer el reconocimiento á la corona de España, consistia en que se proporcionaban víveres y *tamemes* al ejército de Cortés, y en que se le daban tropas auxiliares cuando las pedia. Por lo demás, el cambio operado en el nuevo orden de cosas, solo se dejaba conocer por la cesacion del pago de los enormes tributos á Moctezuma, y por haber terminado las sangrientas hecatombes de víctimas humanas. Tampoco en Tlaxcala se hizo alteracion la mas leve en su régimen administrativo y gubernamental. El senado siguió ejerciendo la autoridad suprema con la misma independenciam que anteriormente, pudiéndose considerar no menos libre en su mando, que antes de haberse sometido espontáneamente á los reyes de España. El mismo Hernán Cortés se complacia en manifestar su respeto á las instituciones de los países aliados, rehusando ejercer facultades que los gobernantes quisieron alguna vez concederle (1).

(1) Habiendo cogido preso á un indio tlaxcalteca que habia robado un poco de oro á un soldado español, el senado de Tlaxcala presentó el delincuente á Cortés para que le castigase, al mismo tiempo que le devolvió lo robado. El jefe español contestó que agradecia el celo que la autoridad habia desplegado

Habian transcurrido diez y siete dias desde que el ejército español entró en la capital de la república de Tlaxcala.

Las demostraciones de aprecio de parte de los nativos eran cada vez mas expresivas. Los embajadores mejicanos, que aun permanecian al lado de Cortés, procuraban que el jefe español desconfiase de ellas, á fin de evitar una alianza que podia poner en peligro el trono de Moctezuma.

Resuelto el caudillo castellano á continuar su marcha á Méjico, consultó con los jefes de la república, así como con los mensajeros mejicanos, respecto del camino que seria mas conveniente llevar. Los embajadores de Moctezuma le aconsejaron que se dirigiese á Cholula, ciudad de las mas importantes del país de Anáhuac, donde el emperador de Méjico habia dado orden de que se obsequiase á los extranjeros con la mayor esplendidez. Los tlaxcaltecas, por el contrario, se esforzaban en persuadirle que marchase por Huexotzinco que se habia declarado ya, espontáneamente, por el rey de España. Le dijeron que no creyese en las palabras de Moctezuma, porque bajo la dulzura halagadora de sus frases, y detrás del brillo de sus costosos regalos, se ocultaban la perfidia y el engaño. Segun ellos, el afán manifestado por que se dirigiese á Cholula, escondia miras siniestras que podian ser de terribles consecuencias para el ejército español.

para apoderarse del reo; pero les dije, añade Cortés en su carta segunda á Carlos V, «que pues estaba en su tierra, que ellos le castigasen como acostumbraban, y que yo no me queria entremeter en castigar á los suyos estando en su tierra; de lo cual me dieron gracias».

Hernan Cortés veía que los consejos de los senadores tlaxcaltecas eran dictados por la sinceridad y el cariño; pero no tenía motivo para dudar de las ofertas de Moctezuma. Acaso el odio que ambos países se profesaban les hacia creer, de buena fé, lo que acaso en realidad no existía. El jefe español manifestó su agradecimiento á los gobernantes de la república, y les indicó que sería conveniente que, olvidando antiguos odios, se estableciese la paz entre ambos países. «Así Tlaxcala recibirá la sal y el algodón de que hoy carece». El anciano Xicotencatl contestó: «La paz con los mejicanos es imposible: el odio hacia ellos está arraigado en nuestro corazón, como está en el pecho de los mejicanos la ira hacia nosotros» (1).

Poco después de estas conferencias, tenidas ya con los mensajeros mejicanos, ya con los caciques tlaxcaltecas, llegó otra embajada de Moctezuma con ricos presentes del emperador de Méjico para Hernan Cortés. Preciosas joyas de oro, con elegancia y arte trabajadas, cuyo valor ascendía á cinco mil duros; diez cargas de finas telas de algodón y bellísimos mosaicos de brillantes plumas, componían el regalo. En esa embajada se notaba la misma vacilación observada desde el principio por el monarca azteca; la misma política vacilante, donde andaba disfrazado el temor con la dádiva; la hostilidad con el consejo;

(1) «El Xicotenga respondió que eran por demás las paces, y que su enemistad tiene siempre en los corazones arraigada, y son tales los mejicanos, que so color de las paces les harán mayores traiciones é que no curase de hablar de ellas.»—Bernal Diaz del Castillo.

la astucia con la amabilidad. Los enviados manifestaron al jefe español, de parte de su soberano, que no celebrase alianza ninguna con los tlaxcaltecas, que se dirigiese á Cholula, donde todo estaba dispuesto para recibirle dignamente, según las órdenes que había librado para ello, y que en seguida marchase á la capital, donde el monarca le esperaba con el placer con que se espera á las personas que se aprecian.

La invitación de Moctezuma acabó de decidir á Hernan Cortés á marchar por Cholula. Por mucho que estimase el consejo del senado de la república, no podía desairar el deseo del emperador mejicano, cuyo aprecio le convenía conquistar. Profundo sentimiento manifestaron los gobernantes de Tlaxcala á Cortés, cuando le vieron resuelto á tomar el camino de Cholula. Temían que sus habitantes, más astutos que guerreros, y ciegos instrumentos de Moctezuma, tuviesen dispuesto algún funesto lazo á los españoles para hacerles sucumbir en él. El jefe español, agradecido al verdadero interés que por su suerte tomaban, trató de tranquilizarles, diciéndoles que por donde quiera que fuesen, el Dios que adoraban les sacaría triunfantes de todos los peligros. Luego, queriendo dejarles algún presente como un recuerdo de su íntimo aprecio, les dió gran número de telas finas de algodón de las enviadas por Moctezuma, mantos de pluma, y otros objetos de grande estima para ellos.

La desconfianza y la enemistad de los tlaxcaltecas hacia los choluleses reconocía un origen que nunca podían olvidar. En época no muy lejana, los habitantes de Cholula habían sido aliados de los de la república de Tlaxcala y

enemigos de los mejicanos. En una batalla dada contra éstos por las fuerzas aliadas de los dos países, las tropas cholulesas, que iban á la vanguardia, se colocaron, por medio de una evolucion rápida, á la retaguardia de los tlaxcaltecas. La combinacion habia sido hecha con acuerdo de los mejicanos. Atacados de repente las tropas de Tlaxcala por sus mismos aliados y las mejicanas, se vieron completamente derrotadas. Los choluleses se confederaron desde entonces con el monarca de Méjico, y se declararon implacables enemigos de los que, por su parte, jamás pudieron olvidar la perfidia cometida.

No olvidaron los senadores de la república de referir á Cortés aquel suceso, como un hecho que debia inspirarle desconfianza. Pero aun hicieron presente una circunstancia que, en concepto de ellos, confirmaba la mala voluntad de los choluleses hácia los españoles. Todos los señoríos próximos á Tlaxcala, lo mismo que la república de Huexotzinco, habian enviado sus embajadores ofreciendo su amistad á los castellanos. Solamente Cholula se habia mantenido indiferente, ó mejor dicho, hostil, puesto que ni un solo mensajero de su gobierno se habia presentado á felicitar al caudillo español.

Esta última observacion de los caciques tlaxcaltecas llamó altamente la atencion de Cortés. Pareciéndole fundada, y queriendo cerciorarse de la verdad que pudiera encerrar, envió cuatro nobles de sus aliados á Cholula, preguntando á los gobernantes el motivo que tenian para no haberse manifestado atentos como se habian manifestado otros pueblos.

El empeño de los tlaxcaltecas en disuadir á Hernan

Cortés de su viaje á Cholula, además de las causas que habian alegado, reconocia otra nacida de su supersticion religiosa. Cholula era la ciudad santa, la ciudad de los templos, donde se levantaba el del dios del aire Quetzalcoatl, á donde iban de romería los habitantes de los pueblos mas lejanos. Segun las creencias de las naciones indias, los sacerdotes de la venerada divinidad tenian el poder de inundar cualquiera país enemigo, con solo raspar las murallas del santuario, haciendo que quedasen ahogados en la inundacion todos los contrarios. Los choluleses habian amenazado á los tlaxcaltecas con el castigo referido, por su alianza con los españoles, y acaso temian la realizacion de la amenaza.

En consecuencia del recado enviado por Cortés, se presentaron cuatro mensajeros choluleses, manifestando al jefe español que si el gobierno no habia mandado antes sus embajadores á felicitarle, el motivo era la natural desconfianza que les inspiraban los tlaxcaltecas. Pertenecian los mensajeros á la clase mas baja de la sociedad, lo cual envolvia una clara manifestacion de desprecio entre aquellas naciones.

Advertido Hernan Cortés, por los senadores, de la falta de consideracion cometida por los gobernantes de Cholula, envió otra diputacion, compuesta de cuatro nobles cempoaltecas, diciéndoles que el rey de España era el legítimo soberano de aquellos países; que en tal virtud, se presentasen á protestar vasallaje al monarca español antes de que expirase el término de tres dias, porque de no hacerlo así, se veria obligado á tratarles como á enemigos.

Aunque los choluleses se burlaron interiormente de aquella amenaza, creyendo demasiado débil al que la hacia para poder verificarla, juzgaron conveniente no poner á discusion la soberanía alegada hácia el monarca de Castilla, y dejando al tiempo la ventilacion de la legitimidad, obsequiaron el deseo de Cortés enviando otra embajada compuesta de personas de la primera nobleza del país. Los distinguidos enviados disculparon al gobierno, diciendo que el temor de ver ultrajados á sus representantes por los tlaxcaltecas habia sido el origen de la tardanza sufrida; pero que desde aquel instante podian pasar los españoles á la ciudad, donde serian obsequiados debidamente.

Cortés admitió la disculpa y aceptó la invitacion.

Los jefes de la república de Tlaxcala insistieron de nuevo en persuadir al jefe español á que no se dirigiese á Cholula. Tenian noticias de que un numeroso ejército mejicano se hallaba situado en las cercanías de ella, y no dudaban de que tenian arreglada alguna terrible combinacion con los habitantes de la ciudad.

Hernan Cortés comprendió que alguna verdad se encerraba en aquellos avisos dictados por la verdadera amistad; pero era imposible mudar de parecer despues de haber manifestado claramente su resolucion. Cambiar de idea hubiera sido indicar temor para arrostrar los peligros; presentar débiles á los españoles, cuando habian adquirido la reputacion de invencibles; perder, en una palabra, el prestigio alcanzado á fuerza de heroicidad y de constancia. El jefe español, analizando los males que le podrian resultar de marchar al peligro, y calculando las consecuencias que podrian surgir con evitarlo, optó por el pri-

mero. Sus capitanes, con quienes habia conferenciado para escuchar su parecer, opinaron de la misma manera.

Los elogios hechos por los tlaxcaltecas respecto de la grandeza, comercio y hermosura de la ciudad de Cholula, despertó en Cortés y su gente el deseo de conocerla.

Nada podia arredrar á unos hombres que se habian familiarizado con los peligros y las privaciones.

La marcha á Cholula quedó definitivamente resuelta.

El senado de Tlaxcala, al ver tomar á Cortés las disposiciones para partir, se dirigió á su alojamiento para protestar de nuevo su lealtad y adhesion al monarca de España. Le dijo que respetaba la resolucion que habia tomado de pasar á Cholula, por mas que fuese contraria á la opinión del país. «Nuestros consejos, añadió el anciano Jicotencatl, han sido dictados por el aprecio mas íntimo y sincero. Nos hemos declarado espontáneamente vasallos de vuestro rey; somos vuestros leales amigos, y hemos dispuesto que os acompañe nuestro ejército, con el fin de que esté pronto á defenderos.»

Hernan Cortés les dió las gracias, y les suplicó que se respetase una gran cruz que habia mandado colocar en lo mas alto del templo que habia sido concedido á los españoles.

Ya que no habia insistido en hacerles abrazar el catolicismo, creia como un sagrado deber dejar allí el signo de la redencion, para que fuesen inclinándose á venerarle.

Los resultados producidos en pro del catolicismo por aquella sola cruz, entre los nativos de Tlaxcala, superaron á los que pudieran haberse operado de la predicacion del Evangelio por el mas celoso misionero, á juzgar por lo

que se ha referido de ella por algunos historiadores. Yo voy á referir sencillamente el hecho, únicamente porque ha sido consignado por otros. Se dice que no bien los españoles salieron de la ciudad, cuando descendió del cielo una diáfana nube de singular belleza que, extendiéndose en forma de blanca columna, se detuvo perpendicularmente sobre el signo de la redencion, iluminándole con los blandos rayos de una celeste luz que brotaba de sus oscilantes pliegues. Asombrados los indios con el celestial prodigio, empezaron á ver en él la señal poderosa de la verdad del catolicismo, sintiendo en sus almas una dulce disposicion para abrazar la doctrina del Evangelio (1).

La imaginacion de los indios, preocupada con la idea elevada que tenian formada de los españoles y de su religion, acaso les hizo ver la maravilla referida por esos escritores; pero aun como creacion de la fantasía de los sencillos indios, es dudable el hecho. A ser cierto que los tlaxcaltecas, por una fascinacion de los sentidos, hubiesen visto en la cruz las señales milagrosas, inclinándoles al catolicismo, no hubieran pasado por alto el hecho Bernal Diaz y Cortés, deseosos ambos del progreso del cristianismo.

En la noche del 12 de Octubre el ejército español se entregó, desde muy temprano, al reposo, para emprender su marcha al rayar la luz primera del siguiente dia.

(1) Herrera, en su *Historia General*, refiere este milagro, y Solís, creyendo firmemente en él, lo refiere en su *Historia de la Conquista*.

Ni Bernal Diaz, ni Cortés, hacen la mas ligera mencion de ese hecho sobrenatural, no obstante su ardiente fé y su celo religioso. El lector, por lo mismo, le dará la importancia que le parezca.

Los batallones tlaxcaltecas, provistos de sus mejores armas, se hallaban dispuestos para acompañarles, contentos de poderles manifestar su aprecio.

El anciano Jicotencatl que, como tengo repetido, profesaba un cariño profundo á Hernan Cortés, pasó en su alojamiento las primeras horas de la noche, demostrándole así lo agradable que le era su compañía.

La poblacion entera se manifestaba triste por la partida de los españoles.

Aquellos extraordinarios extranjeros que habian sido recibidos al pisar las fronteras de la república como terribles enemigos, eran considerados en aquel instante como los seres mas apreciables de la tierra.

La conducta observada por Cortés les habia cautivado.

El jefe español, despues de haberse retirado el anciano Jicotencatl, dió algunas órdenes á sus capitanes referentes á la marcha, y poco despues se entregó al reposo, preocupada su imaginacion con los acontecimientos futuros.